



*22 de julio, sin indicación del año*

## **FIESTA DE SANTA MAGDALENA**

Mis queridas hijas:

Hoy celebramos la fiesta de una de las santas que han amado más a Nuestro Señor. En la Cruz, Jesús se encontraba entre dos amores: el amor purísimo y perfectísimo de María, que ninguna criatura jamás podrá alcanzar, y el amor penitente de Magdalena. De uno al otro, la distancia es muy grande. No obstante, elevémonos al punto en el cual se tocan: la humildad. Para amar, es necesario ser humilde. Cuanto más humilde se es, más se ama. He aquí por qué la Santísima Virgen y Magdalena han amado tanto a Jesús.

La humildad de María no proviene, como el de la pecadora, del conocimiento de sus faltas. ¿Qué vergüenza podía tener aquella cuya alma no estaba manchada por el pecado original? Pero, iluminada por una mayor luz, ha conocido mejor, ha comprendido mejor la grandeza de Dios y la pequeñez de la criatura y, por lo tanto, del estado de dependencia, de sometimiento, de abandono completo y absoluto frente a su Creador.

Profundamente penetrada de la extensión de los derechos de Dios sobre ella, le ha dado todo, incluso sin sospechar que fuese posible disponer del menor momento de una existencia a la que ella amaba tanto para reconocer el soberano dominio de Dios. Instrumento dócil entre sus divinas manos, se dejó modelar, trabajar según su beneplácito, sin que la menor resistencia la hiciera jamás salir de esta vía de sumisión, de dependencia, de servidumbre, de la que la criatura no debería jamás alejarse respecto de su Creador. Un conocimiento mayor, más profundo de las grandezas de Dios por una parte, y por la otra, una penetración mayor de su propia impotencia y de su nada, he ahí sobre lo que ha descansado la incomparable humildad de María.

Magdalena saca del conocimiento de su pecado los sentimientos de confianza que la lleva a los pies de Nuestro Señor, Y en eso, ¿la humildad de Magdalena no podría ser la nuestra? No hay que creer que el pecado de Magdalena sea aquel por el cual Dios se encuentra gravemente ofendido y que sea digno únicamente de nuestro arrepentimiento y de nuestras lágrimas.

Sin duda, este pecado es en sí el más degradante, el más humillante, el más vil. Pero el pecado de herejía, por ejemplo, es mucho más considerable. Quizás no tenemos ningún reproche que hacernos a este respecto. Pero ¿quién de nosotros, sin hablar del pecado original, puede justificarse de no haber jamás cedido a un sentimiento de amor propio, de no haberse dejado llevar nunca de ningún de los movimientos, de los actos que él inspira? Decirlo o pensarlo sería un inmenso orgullo. Solamente María, por un privilegio concedido a la que estaba llamada a ser la Madre de Dios, ha podido rendir este testimonio. ¿Ha sido por eso menos humilde?

Pero para nosotras, ¿cuántas faltas, cuantas infidelidades, hemos cometido y cometemos cada día? Pues bien, con algunas oraciones, algunas obras satisfactorias, y con ello, si lo queremos, todas nuestras faltas veniales son borradas. ¡Cuántas veces no hemos estado regadas,

purificadas por la Sangre de Jesucristo! Como a Magdalena, se nos ha perdonado mucho. Pero como ella, ¿hemos amado mucho?

Veamos un poco cuáles son, en esta santa penitente, las obras de su amor. Con que impaciencia busca a Jesús. Para llegar a él, nada la detiene, ella se expone a las risas y a las humillaciones. ¿Qué diré? Ni siquiera piensa. Ella no piensa. Ver a Jesús, encontrar a Jesús, ¿qué le importa lo demás? Esta indiferente a todo. Con tal de verlo, de seguirle, tiene todo lo que desea. En vano Simón le prodigará de oprobios, en vano en el camino del Calvario el populacho la señalará con dedo... ¿qué le importa? Ocupada de Jesús, no escuchará más que a Jesús, no vera más que a Jesús.

Sepamos amar como Magdalena, y para eso seamos humildes. Como ella pongamos por base de nuestra humildad el conocimiento de nosotras mismas, de nuestras faltas, de nuestras infidelidades, tantas y tantas veces multiplicadas. Que este conocimiento nos haga permanecer siempre, frente a Dios, en estado de anonadamiento, humillado, sometido, sujeto en todo encuentro, adorando profundamente, lo que sólo conviene a la criatura.